

MARIANO JOSÉ DE LARRA Y DOLORES ARMIJO ATRACCIÓN FATAL

Texto: Rosa Montero

Cuenta la leyenda que Mariano José de Larra (1809-1837), nuestro mejor representante del Romanticismo, fue un hombre tumultuoso, emotivo y doliente, como correspondería al tópico del romántico, y que, en la flor de la edad y en la cumbre del éxito, enloqueció por una mujer casada y se voló la cabeza de un disparo por pura desesperanza enamorada. Pero la leyendas, ya se sabe, esquematizan y a menudo traicionan la realidad. La vida de Larra tiene muchos más ingredientes, más matices. Y un buen puñado de enigmas sin resolver. [...]



Larra era el hijo único de un médico culto y extravagante, el doctor Mariano de Larra, un ardiente afrancesado partidario de José I, alias *Pepe Botella*, el rey que el invasor Napoleón impuso en España. [...] Cuando Napoleón fue derrotado en 1813, la familia Larra se vio obligada a huir a Francia.

El pequeño Larra tenía a la sazón cuatro años, y aquello debió de ser el principio del final. Quiero decir que hasta aquel momento había sido la joya de la casa: era hijo y nieto único (en Madrid vivía con sus padres y sus abuelos), un niño rico y previsiblemente muy mimado. Pero pronto fue sometido a un éxodo durísimo, y luego abandonado interno durante cuatro años en un colegio de Burdeos, en donde es de suponer que las cosas no le fueron fáciles: era demasiado inteligente, demasiado sensible y extranjero. Algunas personas pierden así de temprano el paraíso y luego el resto de sus vidas es decaer.

Cinco años más tarde los Larra regresaron a Madrid al abrigo de una amnistía, y por entonces el niño apenas si recordaba el español. De nuevo era diferente: un afrancesado. Por lo visto era un chico serio y triste y apenas si tenía amigos en el colegio. [...]

A los dieciséis años se matriculó en Leyes en la Universidad de Valladolid, pero entonces sucedió uno de los primeros episodios enigmáticos de su vida: al parecer se enamoró de una mujer bastante mayor que él, y de pronto descubrió que era la amante de su padre. Dicen que este sórdido enredo [...], le partió el corazón. Lo cierto es que abandonó no solo los estudios, sino también la casa familiar: se fue a Madrid, se buscó un empleo administrativo en el estado y empezó a vivir por su cuenta.

Todo esto sucedía durante la década ominosa (1823-1833), esa época especialmente infame del reinado de Fernando VII, cuando el reaccionarismo triunfó con mayor rigor: en 1831, por ejemplo, dieron garrote vil a Mariana Pineda por el simple hecho de haber bordado sobre una bandera las palabras *Ley, Justicia y Libertad*. Pues bien: en esas duras circunstancias, con toda la

prensa prohibida, salvo los diarios oficiales, y teniendo tan sólo dieciocho años, Larra se las apañó para publicar, en 1828, un folleto satírico y crítico titulado *El Duende*. El periodiquillo tuvo una vida errática y en constante enfrentamiento con la censura, hasta que fue clausurado por orden gubernativa pocos meses después. [...]

De muy joven,[...], participó en la famosa *Partida del Trueno* de Espronceda, compuesta por muchachos airados y bohemios que rompían farolas y asolaban las noches madrileñas. Y además amaba su trabajo. Pero sobre todo estaba apasionadamente comprometido con la causa liberal, o más bien, con la modernización de España. [...]

Tras la muerte de *El Duende* sacó otro folleto, *El Pobrecito hablador*, que le conquistó un temprano éxito. Y luego escribió en *La Revista Española*, firmando como *Fígaro*. Sólo tenía 23 años y para entonces ya era famosísimo. Siendo como era locamente precoz, se había casado en 1829, a los veinte años, con Pepita Wetoret, una niña bien con la que enseguida se llevó muy mal. [...] El matrimonio resultó una catástrofe: Larra era un inmaduro que prefería irse a su tertulia del *Parnasillo*, en el café del Príncipe, antes que estar con su mujer o ganar dinero para la casa, y Pepita era una persona celosa e insufrible. Tuvieron tres hijos, pero el tercero, nacido en 1833, no fue nunca reconocido por Larra. Al cabo, a principios de 1834, Pepita abandonó el hogar, dejando a Mariano José con los niños. [...]

La ruptura final del matrimonio Larra vino empujada por la relación, conflictiva e intermitente, que éste mantenía con Dolores Armijo. Dolores era una sevillana morena y guapa que escribía poemas y que estaba casada con un tal José María Cambronero. Cuando Larra y ella se conocieron, en 1831, él tenía 22 años y ella apenas 20. Los dos llevaban dos años casados, y los dos estaban desencantados de sus cónyuges. [...] Si se conocieron en abril de 1831 y el escándalo no saltó hasta finales de 1834, [...] al poco tiempo la noticia había recorrido Madrid de cabo a rabo: en aquellos años la ciudad no era más que un corralón reverberante de comadreo y rumores. Tiempo después, rota ya la relación entre ellos, Dolores se quejará ante un intermediario de que el escritor era un hombre que “apenas recibía un favor mío iba al café y a las tertulias a contarlo”. [...] El caso es que, a principios de 1835, el asunto era público y notorio. El marido de Dolores la saca de Madrid y la destierra a Badajoz. Debieron de ser unos momentos horriblemente amargos para ella.

Y también para Larra, por supuesto, que instaló a los niños con sus padres y salió detrás de ella [...]. Llegó hasta Badajoz, pero no consiguió verla; entonces siguió viaje hacia Portugal, y luego marchó a Londres y después a París. Aparentemente iba a cobrar unas deudas de su padre; en realidad estaba huyendo del escándalo y de su propio dolor. [...]

En 1834, mientras se desarrollaba el melodrama de su vida privada, la vida pública española se había ido haciendo cada vez más asfixiante para él. Fernando VII había muerto a finales de 1833, y, acabada la década ominosa, llegaron al poder los liberales: fue un momento de esperanza para Larra. Pero

inmediatamente estalló la guerra civil carlista (el infante don Carlos, hermano de Fernando VII y representante de la España más tenebrosa y reaccionaria, aspiraba a ocupar el trono que ocupaba Isabel, la hija del rey), y el Gobierno cometió mil errores y se mostró incapaz de frenar la barbarie. [...]

Así es que a Larra se le pasó por la cabeza dejarlo todo atrás y mudarse de país y de vida. Empezó a publicar artículos en París, pero a los pocos meses se dio cuenta de que le costaría mucho alcanzar en Francia el mismo éxito que ya había conquistado en su país. [...] de modo que, tras medio año de aventura europea, Larra regresó a Madrid. El diario *El Español* le contrató por 20.000 reales anuales: una fortuna. La vida le sonreía. [...]

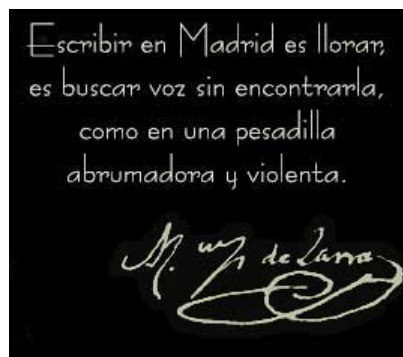
A través de los artículos publicados por Larra en ese año se puede seguir el proceso de su deterioro, el paso atroz de la esperanza a la desolación.[...]. De nuevo un Gobierno liberal traicionaba las esperanzas de Larra. El escritor tenía unas ideas demasiado avanzadas para la época [...]. Empezaron a tacharle de reaccionario, sólo porque denunciaba las inconsistencias del Gobierno. Cada vez se encontraba más solo.

[...] cuando en mayo del 36 cayó Mendizábal, [...], Larra decidió presentarse a las elecciones como diputado. Por cierto que también la hermosa Dolores debió de influir en ello, aunque sin pretenderlo.

Al regresar de París, Larra se había puesto a buscar a Dolores desesperadamente. Al fin la localizó a través de un amigo común: estaba en Ávila, pero no quería saber nada de él. [...]. Pues bien, Larra se presentó a diputado por Ávila, de modo que es posible que pensara que así iba a estar más cerca de Dolores, o que la impresionaría con su cargo. En agosto de 1836, Fíguro salió elegido. Pero las maniobras de Mendizábal contra Istúriz dieron como resultado el motín de sargentos de La Granja. Istúriz cayó y las elecciones se anularon; Larra fue diputado sólo por veinte días. Su situación era penosa, porque no podía seguir haciendo crítica política en sus artículos: al presentarse a las elecciones había perdido su proverbial independencia.

Una tras otra se le iban cerrando, en ese año aciago de 1836, todas las puertas [...]. Los textos de Larra eran cada vez más desesperados: "Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno ni siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí?". Mientras tanto se desarrollaba el último acto de la tragicomedia amorosa. [...]

No se sabe muy bien qué sucedió en aquellos meses finales, pero parece que el marido de Dolores la abandonó por fin. Fíguro debió de creer que, una vez libre, podrían amarse: no había entendido nada. Derrotado en todo lo demás, se obsesionó con ella. Pero Dolores no le quería; de hecho, tenía otro amante. Dicen que Larra, perdidos por completo los papeles, retó en duelo al rival. Es



de imaginar el horror de la mujer: por un fugaz espejismo amoroso, por una equivocación de juventud, se había encadenado a una pasión enfermiza. [...]

De modo que el 13 de febrero de 1837 decidió poner fin a esa pesadilla. Le envió una carta a Larra muy de mañana diciendo que quería pasarse por su casa a hablar con él. Mariano José, enajenado por su pasión, creyó que venía a hacer las paces. A la caída de la tarde recibió a Dolores, que llegó acompañada por una amiga. Mientras la amiga se quedaba discretamente en la antesala, Dolores y Larra vivían la violencia de la última escena. Él suplicaba; ella insistía en que todo había terminado para siempre y reclamaba sus cartas. Al fin Larra se vio obligado a admitir la realidad; entregó las cartas a la mujer y ésta salió de la habitación. Pero aún no le había dado tiempo a abandonar el piso cuando escuchó el estampido fatal del pistoletazo. Mariano José de Larra acababa de volarse la cabeza; le faltaban unas pocas semanas para cumplir 28 años. Llevaba seis meses pensando en suicidarse (sus textos están llenos de referencias), pero ahora, al saltarse los sesos con tanta premura, en realidad se estaba vengando sádicamente de Dolores. Ningún biógrafo ha contado qué fue de esa mujer y si sobrevivió a tan brutal revancha.

